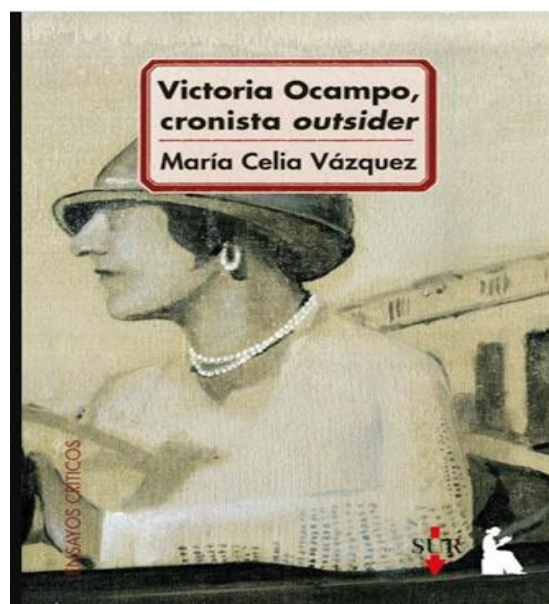


Victoria Ocampo, cronista outsider de María Celia Vázquez¹

Francisco Aiello*
Celehis-INHUS-UNMdP y CONICET
aiellofrancisco@yahoo.fr

Fecha de recepción: 31/08/21
Fecha de aceptación: 02/11/21

Victoria Ocampo ha generado tempranamente múltiples modalidades de escritura que trazan un vasto panorama de ataques incisivos hasta homenajes melosos. Incluso dentro del ámbito específico de la crítica literaria proliferan las publicaciones, entre las cuales sobresale *Victoria Ocampo, cronista outsider* (Beatriz Viterbo, 2019), libro en el que la investigadora María Celia Vázquez (Universidad Nacional del Sur, Argentina) opta por centrarse en la Ocampo escritora, tomando como corpus principal de su estudio los diez volúmenes que conforman la colección de *Testimonios*. Dividido en tres secciones –“Espacios”, “Litigios”, “Duelos”–, el trabajo delimita núcleos productivos en la obra de la escritora, que son abordados en su singularidad discursiva y como formas de intervención en la esfera pública. La primera parte indaga la construcción de una identidad nacional vinculada con el espacio desde dos perspectivas: las acusaciones de cosmopolitismo esgrimidas por el nacionalismo argentino y la mirada no carente de desdén reconocible en admirados autores europeos. Para la consideración de



los litigios, la crítica estudia focos polémicos frente a los cuales Ocampo asume posiciones divergentes: la indiferencia, o a lo sumo una respuesta indirecta, frente a ataques provenientes de la izquierda, o bien una posición defensiva, cuando ingresa de lleno en una polémica. Por último, la tercera sección examina los textos de Ocampo en ocasión de la muerte

¹ Vázquez, María Celia (2019). *Victoria Ocampo, cronista outsider*. Rosario: Beatriz Viterbo.

* Es Doctor en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata, donde se desempeña como Profesor Adjunto a cargo de la asignatura Taller de Escritura Académica y dicta seminarios de grado y posgrado en temas de literatura latinoamericana contemporánea, así como numerosos talleres de tesis en distintas unidades académicas. Es Investigador Asistente de CONICET, en cuyo marco desarrolla investigaciones sobre literatura latinoamericana con fuerte especialización en el Caribe francófono. Coordina la subsección Universidad Nacional de Mar del Plata de la Cátedra UNESCO para la lectura y la escritura. Actualmente es investigador responsable del PICT Agencia Fronteras en crisis: la literatura y la cultura del Caribe. *Proyecciones canónicas y genéricas en el espacio continental*, radicado en el Instituto de Literatura Hispanoamericana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

de María Maetzu y de Pierre Drieu La Rochelle. Ahora bien, el espesor del lúcido análisis, que no se contenta con interpretaciones unívocas, anticipa el fracaso del proyecto que se proponga recuperar al detalle los planteos de este trabajo, por lo que nos proponemos una serie de observaciones que, sin desconocer su contenido, permitan captar algunas de las características del modo en que ha trabajado Vázquez.

El repertorio bibliográfico que da sustento a este estudio es amplio, en el sentido de que apela a distintos campos del saber y a diferentes paradigmas teóricos, logradamente articulados en el desarrollo del trabajo. Respecto de los antecedentes de crítica dedicados a la obra y la figura de Victoria Ocampo, Vázquez los recupera y encuentra sustento en ellos para avanzar sobre sus aportes, recurriendo en la mayoría de los casos a formas eficaces de citación incorporadas al discurso en un diálogo que, lejos de interrumpir el hilo argumentativo, lo refuerza en forma solidaria al incorporar otras lecturas insoslayables como las de Enrique Pezzoni, Sylvia Molloy, María Teresa Gramuglio, Beatriz Sarlo, Nora Domínguez, María Rosa Lojo o Judith Podlubne, entre otros antecedentes valiosos. Menos frecuente resulta la alusión a otros textos con el afán de polemizar; en todo caso, la opción parece orientada al mero registro de aquellas posiciones con las que se sugiere distancia, como sucede –por ejemplo– con *Oligarquía y literatura* de Blas Matamoro, texto citado apenas para ilustrar un caso saliente de lo que la autora caracteriza como crítica ideológica de los años setenta. Además de la crítica literaria sobre Ocampo, Vázquez acude a muy variados aportes que favorecen una perspectiva que incluye distintas dimensiones de análisis acordes con la complejidad del objeto de estudio recortado, en el que participan problemáticas textuales, literarias, culturales, políticas e históricas. De manera

que mediante zonas expositivas en el propio cuerpo del texto o bien gracias a oportunas notas al pie, que reconstruyen contextos variados sin dispersar el desarrollo, el trabajo ubica los textos examinados en los sucesivos momentos entre los años treinta y los sesenta.

Asimismo, se observa una constante apelación a la teoría de la argumentación, sobre todo a través de los aportes del clásico estudio de Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca: *Tratado de la argumentación: la nueva retórica*, aparecido en francés a fines de los años cincuenta y traducido al español en 1989 por Julia Sevilla Muñoz. En la zona dedicada a las críticas que Juan José Hernández Arregui dirige a la escritura de la experiencia carcelaria de Ocampo, se identifican dos puntos centrales: la exageración de lo vivido y la impostación. Vázquez interpreta sagazmente esta segunda imputación como mera retórica, la cual remite a una caracterización peyorativa por lo artificiosa, según explican Perelman y Olbrechts-Tyteca, cuyo estudio contribuye además con nociones operativas, entre las que se destacan la comparación que acude a la idea de sacrificio –en el caso de Ocampo, asociado a la libertad de expresión– o el recurso *ad personam* –que no debe confundirse con *ad hominem*–, así como el valor de la autonomía de la persona funcionando de modo argumentativo ante críticas de Waldo Frank, suscitadas porque la revista *Sur* no coincide con las ideas que él se ha hecho sobre su contenido prevalente.

Estas herramientas de análisis proveídas por la teoría de la argumentación intervienen con eficaz productividad para dar sustento al trabajo atento con el corpus, cuyo abordaje no se restringe a cuestiones textuales, sino que, además, se ve complejizado por diversos aportes bibliográficos puestos en diálogo con el objeto de estudio, respecto del cual se favorece el desentrañamiento de múltiples

líneas de sentido. Así, los aportes de Jacques Derrida, en particular en lo referido a lo que este autor denomina políticas de la amistad, se vuelven instrumentos sumamente atinados para interpretar un amplio sector del corpus signado por la confrontación con amigos y allegados, lo cual conlleva la particularidad —como demuestra Vázquez— de dar entidad a aquellos con quienes se polemiza, a diferencia de lo que ocurre con las críticas provenientes de adversarios manifiestos, respecto de cuyos ataques Ocampo hace caso omiso. Esta línea de conducta encuentra su excepción en el intercambio epistolar de la escritora con Arturo Jauretche, cuya distancia ideológica no impide que surjan instancias de reconocimiento mutuo.

El vasto marco teórico desplegado por la autora construye una perspectiva crítica renovada desde la cual se identifican y examinan diversos elementos de un discurso que cobra espesor, precisamente, gracias a la confluencia y articulación de diversas líneas de trabajo. Así como Derrida confirma su pertinencia en distintas zonas de *Victoria Ocampo, cronista outsider*, numerosos textos actuales resultan valiosos para el abordaje singular que propone este libro. Un claro ejemplo de tal posibilidad es la recuperación de ideas Judith Butler, gracias a quien Vázquez logra indagar en las implicancias de la opción tomada por Ocampo para aludir a sí misma como *una persona*. De acuerdo con el enfoque butleriano expuesto en *El género en disputa*, la crítica argentina explica tal postura que antepone la condición de persona a la de mujer, en términos de una posición feminista humanista, en la que también participa una metafísica de la sustancia.

Entre los numerosos ejemplos de puesta en acción crítica de teorías de fines del siglo XX y principios del XXI, seleccionamos el empleo que Vázquez hace de nociones de Butler no solo para destacar

su clara pertinencia en el capítulo dedicado al duelo por la muerte de la pedagoga española María Maetzu —activa defensora, como Ocampo, del acceso a la educación de las mujeres—, en el cual se aborda la temática del feminismo, sino también porque nos permite identificar otro de los méritos del libro reseñado. Nos referimos al de no incurrir en anacronismos que pudieran forzar lo que dicen y hacen los textos para amoldarlos a enfoques teóricos en boga. Vázquez hace explícita esta precaución cuando se ocupa de las críticas hacia Ocampo formuladas por Waldo Frank, a las que ya hemos aludido. Este autor norteamericano le reclama a la argentina que la revista *Sur* se haya apartado del proyecto que él ha imaginado: su deseo de que la publicación periódica refuerce las relaciones entre las Américas se ve desencantado al constatar la fuerte atención puesta en Europa. En otras palabras, los reproches apuntan al supuesto incumplimiento, respecto de su propia idea, por parte de Ocampo, cuyo descargo se permite un característico sesgo de ironía cuando polemiza con allegados: “¿Por qué no se dio cuenta Frank de que elegía a una persona, no a un títere?” (Ocampo, *Testimonios. Novena serie*, citado por Vázquez 2019: 174). Desde la actualidad, surge la tentación de rotular la actitud autoritaria de Frank según lo que se llama *manspleining*, esa tendencia recurrente entre varones a abundar en explicaciones e instrucciones a mujeres por considerarlas en inferioridad de condiciones para comprender y tomar decisiones. Vázquez admite esa posible lectura, pero evita avanzar sobre ella para no incurrir en sobreinterpretaciones y, así, se contenta con señalar: “Aun cuando no esté planteada explícitamente, es inevitable asociar a la condición de género los reclamos del amigo (me pregunto si Frank hubiera hecho a Samuel Glusberg el mismo reproche por ejercer su autonomía).” (174). Se trata finalmente de despojarse de ideas

preconcebidas, al menos en la medida en que tal voluntad es realizable, para asumir una posición dispuesta a indagar los textos a fin de descubrir los potenciales de sentido que ofrecen fehacientemente, lo cual se articula con el ya mencionado trabajo refinado de análisis discursivo.

De esta manera, Vázquez procede de un modo que se ubica en las antípodas de las lecturas que hacen Jorge Abelardo Ramos y Juan José Hernández Arregui, ambos referentes de la izquierda nacional, cuyos respectivos *Crisis y resurrección de la literatura argentina* (1954) e *Imperialismo y cultura* (1957) ostentan un carácter beligerante que incluye ataques a Ocampo, su revista y su grupo de pertenencia. Según explica la crítica, ambos autores coinciden en un conjunto de tópicos –europeísmo, elitismo, antihispanismo, alienación, desarraigo–, aunque Hernández Arregui incorpora la consulta de *Sur* en la argumentación de su ensayo. El interés que pueda suponer esta novedad se diluye, de acuerdo con el análisis de Vázquez, porque el recorrido por la revista de Ocampo resulta sumamente sesgado y desinteresado en su contenido en favor de confirmar ideas preconcebidas que constituyen lo central de su tesis. La autora caracteriza los planteos de Hernández Arregui como una lectura destructiva, con la premura propia del panfleto, que padece inexactitudes por simplificación o por falsas acusaciones, entre otras modulaciones. También este modo corrosivo deriva en la lectura de mala fe, reconocible en el acto de citar mal. Tanto el empecinamiento destructivo como la mala fe son desenmascarados por la atenta lectura de Vázquez, quien desanda los planteos para rectificar datos, recontextualizar e incluso para cotejar citas, tarea minuciosa que revela una deliberada manipulación del discurso por parte de Hernández Arregui, quien llega a modificar en una cita de Ocampo el tiempo verbal, atribuyéndole a la escritora carácter actual a

críticas que ella misma se hace sobre viejas posiciones.

Lejos de esta escritura que se vale de recursos lábiles y hasta deshonestos para ratificar una visión anquilosada, Vázquez –por el contrario– evita aferrarse a una imagen acabada de los textos, gracias a lo cual el trabajo evita las torpezas analizadas. Su persistencia en la interrogación de los distintos planteos auspicia que, tras refutar o dismantelar líneas argumentativas de Hernández Arregui, sea susceptible también de reconocerle méritos. Así, la crítica sostiene que, a diferencia de las malas lecturas del ensayista sobre la revista *Sur*, el autor de *Imperialismo y cultura* construye una diatriba perspicaz e inteligente cuando se ocupa de la experiencia carcelaria de Ocampo, de manera que consigue desautorizar la autofiguración como la mártir de la inteligencia libre, descubriendo los núcleos programáticos de la intervención de la escritora, en la que lo político se desdibuja en planteos de orden espiritual y religioso.

Es posible proseguir este itinerario a través *Victoria Ocampo, cronista outsider*, a partir de claves de lectura que su propia autora despliega a propósito de textos de terceros. Respecto de las invectivas de las que es objeto Ocampo, Vázquez –como ya apuntamos– constata la mala fe en el empleo manipulativo de las citas, particularmente ostensible en su deliberada descontextualización que reorienta el discurso citado hacia sentidos ajenos al texto fuente. A fin de no incurrir en la misma falacia, son numerosas las notas al pie destinadas a la transcripción de una cita con el propósito de reubicar el fragmento que Vázquez ha incorporado al propio discurso, cuya renuencia a las citas enmarcadas prioriza aquellas asimiladas a la sintaxis propia, sumamente favorables para imprimir fluidez a la escritura. Asimismo, se puede agregar que las notas al pie son copiosas, sin que resulten ociosas: explican nociones teóricas, reponen

información referida a distintas alusiones específicas, incorporan puntos de vista de otros trabajos críticos. Umberto Eco, en su clásico libro sobre escritura de tesis, reclamaba la humildad de brindar los datos básicos de un autor estudiado o mencionado, aun cuando fuera conocido, porque ni un especialista está obligado a retener fechas u otras informaciones precisas. Sin duda se trata de un consejo que sigue siendo atendible, incluso en la contemporaneidad en la que la lectura suele realizarse con dispositivos electrónicos a mano para consultar cualquier referencia. Sucede que tal exigencia, pese a su supuesta practicidad, se vuelve ciertamente tediosa y así lo entiende Vázquez, quien asume una posición de completa solidaridad con quienes leen su libro, que se revela autocontenido por reponer aquellos saberes requeridos por el desarrollo argumentativo.

El dialogismo del libro se forja, entonces, por la convocatoria a los textos fuentes rigurosamente analizados, así como a los textos críticos –que aportan otras lecturas sobre el objeto estudiado– y un repertorio de nociones teóricas que propician la perspectiva renovada. Pero, además, se constata un recurrente asedio a bibliografía cuya pertinencia resulta menos evidente, aunque la autora la incluye a fin de exhibir un modo de reflexión que funciona por analogía con textos que han estudiado asuntos con los que se reconoce alguna semejanza. Se puede mencionar, en primer lugar, las lecturas que otros autores argentinos han presentado de la cultura europea, en particular, la francesa. Así, en el primer capítulo, a partir las consideraciones de César Aire sobre *Cartas persas* de Montesquieu en torno de la mirada exótica de los protagonistas de este texto francés al ver Europa por primera vez, Vázquez piensa esa situación en términos invertidos para identificar el gesto de Ocampo consistente en mirarse a sí misma con ojos europeos. En cambio, en el siguiente capítulo, la cuestión del exotismo

trasunta otras flexiones vinculadas con la posibilidad de la autoironía (Ocampo, a fin de ganar la complicidad de Virginia Woolf, acata la imagen que se ha hecho la novelista inglesa de la Argentina como ámbito en que abundan las mariposas), actitud que Vázquez emparenta con la irreverencia que Ezequiel Martínez Estrada identifica en la escritura de Michel de Montaigne hacia los antiguos grecolatinos y a la Cultura (con solemnes mayúsculas) en general.

Además de estas lecturas de autores nacionales, el método de trabajo que funciona por analogía prolifera a lo largo de *Victoria Ocampo, cronista outsider*. Es lo que sucede en el capítulo dedicado a los duelos, cuando se analiza los textos de Ocampo a propósito de la figura controversial de Pierre Drieu La Rochelle, cuya manifiesta adhesión a Hitler no hace olvidar a la escritora el vínculo afectivo que alguna vez la unió a él. La complejidad construida por esa tensión exige un abordaje acorde, que Vázquez consigue revisando lo que ha escrito Philippe Sollers a propósito de Louis-Ferdinand Céline –otro escritor francés favorable al nazismo– o las palabras pronunciadas por Derrida en ocasión de la muerte de Althusser, ocurrida diez años después de haber asesinado a su esposa. En el mismo sentido, resultan productivas, para asediar la intrincada posición de Ocampo respecto de Drieu, otras similitudes tanto con la interpretación de Artaud sobre el suicidio de Van Gogh como con los estudios de Nicole Loraux consagrados a las prácticas fúnebres en la antigua Grecia.

Victoria Ocampo, cronista outsider gana su lugar ponderado entre la bibliografía sobre la escritora argentina gracias a la decisión de María Celia Vázquez de abordar con solvencia los textos en su propia materialidad discursiva y como piezas de intervención en distintas polémicas que atraviesan la cultura argentina del siglo XX. Con disposición a desentrañar matices y a reconsiderar núcleos productivos desde perspectivas

divergentes, pero complementarias, el libro ratifica su calidad en una escritura crítica cuyo rigor no impide la lectura sostenida por la tenacidad de los argumentos.